

# LA REVISTA

PUBLICACION LITERARIA. — SEMANAL DE LOS DOMINGOS

AÑO I.

SANTIAGO, DOMINGO 22 DE ABRIL DE 1900.

NUM. 2.

## SUMARIO

Bosquejo (Carlos de Bligny).—Tú i Ella (Eduar).—Aventuras (Abel N. Latorre Acuña).—Reminiscencia (J. R. B.).—Becqueriana (Gmof).—Olvida (René).—El nido de águila (Carlos de Bligny).—Folletín: Loca de amor (continuará).—Aviso.

## La Revista

### BOSQUEJO

¡Que triste está la noche, amada mía!

Las estrellas no brillan en el cielo,  
Los altos árboles del bosque jimen  
Batidos por el viento.

¿Escuchas un tañido allá distante?  
Ese leve rumor como un lamento  
Que mi alma llena de tristeza tanta  
I me desgarrar el pecho...

Ese es la voz de campana vieja,  
De la campana triste de allá lejos  
De aquel campo florido donde duermen  
Er silencio los muertos.

¿Ves esas luces, como fuegos fátuos,  
Que avanzan en camino al cementerio?...  
Esas pálidas luces que se estinguen  
I se prenden de nuevo...?

Mas ¿por qué lloras, mi adorada virgen?  
¿Por qué tus manos como nieve siento?

Tú tiembblas porque escuchas la campana  
Que está tocando a muerto!

—Lloro porque se llevan a mi madre;  
Mi madre es la difunta del cortejo...  
Esa buena mujer que dejó un día  
Por tus ardientes besos!...

CÁRLOS DE BLIGNY



## TÚ I ELLA

Arbol de follaje verde como las esperanzas  
del desgraciado; árbol de sombra engañosa, al  
que yo me arrimé a descansar de las fatigas de  
la vida, pero que en vez de darme repose me  
causó vértigos porque su sombra estaba enve-  
nenada: eso era ella.

Flor de talle flexible como el junco, azucena  
de cáliz albo, como el amor de un niño; jacinto  
que aroma los verjeles del amor con los efluvios  
de su belleza de ángel: eso eres tú.

Por eso es que yo, mariposa que volando  
voi por los jardines del cariño, dejo atras el ár-  
bol engañoso de la muerte: la dejo a ella. I  
busco la flor que me brinda tesoros inagota-  
bles de amorosos perfumes: te busco a tí.

Ella, la que creí amar en otro tiempo, me  
ofrecía el cáliz de los amores sombríos i tene-  
brosos, como la mirada de sus ojos i el hálito  
ardiente de sus besos quemaba mis labios cual  
si llegara a ellos «una llama del infierno.»

Tú, el ángel que hoi adora el alma mía, me  
brindas en las miradas de tus hechiceros ojos



la copa de los amores ideales, de esos amores que miro revoletear en el cielo de mi fantasía como palomas blancas, las que al mover sus alas encienden mas i mas en mi corazon la llama de ese cariño que consume, pero no abrasa, que es para mí un paraíso.

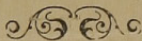
Ella es un infierno para mí; tú un cielo, ¿a quién elegiré? a tí, vida mía, única estrella que ha guiado con su luz mis pasos inciertos por el piélago de mis desgracias i que me saca al puerto de la felicidad.

Solo a tí te amo; solo tú ocupas en el altar de mi corazon el lugar que un día quiso ocupar una deidad falsa.

Las cuerdas del laud de mi alma vibran solo para modular con suavísimos acentos esa canción muda de los amantes, que no puede traducirse al lenguaje, porque no hai palabras que puedan encerrarla; vibran solo para tí, para decirte que te quiero mucho: que solo a tí te quiero que te querré eternamente...

EDUAR.

1900.



## AVENTURAS

Partí solo i lloroso, sumido en amargura, en noche nebulosa de verde primavera, el viento susurraba cruzando una espesura, i alzando triste arroyo del lago a la ribera.

No há mucho el océano, sus sábanas de plata mirábalo ondulando, con mágico rumor; mas aún, agrestes montes de blanco de escarpes, (lata, perdíanse en las brumas de sombras i vapor.

Oh Dios! qué incierto i solo lloraba mis pesares!...

Pensado en mil venturas que nunca supe amar! mirando acongojado, por entre los palmares, el barco que conmigo, la mar iba a cruzar.

Por fin, llegué a la playa; fanal de mi espejo  
(ranza!  
i en donde mis destinos al cielo vi trazar;  
i en débil barquichuelo razgamos lontananza.  
diciendo en mudo llanto Oh patria! adios i hogar.  
(gar.

ABEL N. LATORRE ACUÑA.

Agosto 9 de 1899.



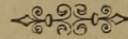
## REMINISCENCIA

Era pálida i blanca, como un lirio  
I era su boca como flor de brezo,  
I yo ansiaba en mis noches de delirio  
De sus lábios gustar el primer beso!...

Ella entónces tenía catorce años,  
Oscuros ojos, color verdea mar  
I cabellos sedosos i castaños,  
Que a mí me permitía acariciar!...

¡Era tan loca, tan injenua i bella!  
I yo, Dios mio, que la quise tanto!  
Ah, nunca olvidaré la tarde aquella  
Que la dejaron en el campo santo!...

J. R. B.



## BECQUERIANA

Para mi amigo R. Montano de la Vega.

Volverán mis pasadas alegrías,  
Mi espíritu a nacer en dulce paz,  
Gratos ensueños que en mi pecho anidan  
Recuerdos, de otra edad.



Pero mi pobre macfarland de paño,  
Con cincuenta zurcidos, nada mas,  
Que ahora está en la ajencia por dos pesos  
Ese.....no volverá.

Volverán a nacer las azucenas,  
Los claveles, el nardo, el azahar  
Las bellas esperanzas en mi pecho  
a nacer volverán.

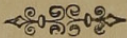
Pero mi abuela que tranquila yace  
Durmiendo el sueño de la eterna paz,  
Esa que al nieto no legó ni un ..cobre,  
Esa....no volverá.

Volverán mis amigos i con ellos  
Mis dulcissimas horas, de solaz  
I el sastre remendon a quien le debo  
Tambien si volverá.

Pero una chaucha que perdí antenoche  
I que en tres meses no he tenido mas,  
I mi vecino que me debe un peso  
Esos.....no volverán.

Santiago, Febrero de 1900.

G.M.O.F.



¡OLVIDA!

Olvida, ama la, olvida las ofensas  
que por mi amor indigno has recibido,  
i si volverme amar, no te avergüenza;  
ven, que mi corazon se ha arrepentido.

Pero ¡ai! ¿Es cierto que mi amor rechazas?  
¿es cierto dí, que aquel amor florido,  
que tuvimos oculto i con nobleza,  
es paraíso por mi mal perdido?...

¡Oh! si es cierto; por Dios! no me lo nie-  
gues  
por el amor que a mi me profesastes!  
aunque con llanto mis mejillas riegue  
decidme la verdad; aunque desates.

las cadenas que ligan mi existencia,  
i caiga a los abismos con mi huida  
sin que mostrarte pueda mi conciencia  
en los siglos de siglos de la vida!...

RENÉ.

Agosto 7 del 99.

M. García T.



FOLLETIN

2

LOCA DE AMOR

(INEDITA)

Solo su mano se atrevía a estrechar tierna-  
mente, al llegar o despedirse: la de aquella que  
tanto amaba.

I nunca, casi nunca, al salir de esa casa tan  
querida para él, llevó una esperanza en su co-  
razon.

Mas, pobre niña, ¿cómo ella, tímida e inocen-  
te, podía descubrir su pecho al hombre que no  
le daba prueba alguna de amor?

¡Pobres séres! se amaban entrañablemente i  
su mútua delicadeza i timidez los hacia desgra-  
ciados.

\*  
\* \*

¡Cuánto sufría el pobre Carlos!  
Cuántas noches de insomnios ¡cuántas horas  
de dolor!

La mas horrible de las dudas batallaba en su  
pecho. Creía a veces distinguir en los ojos de  
la que amaba una tierna correspondencia, i otra  
¡ai! veía reflejarse en ellos el mas profundo des-  
precio.

Varios meses pasaron así.

La hermosa frente de Carlos se marchitaba i  
su rostro daba claras muestras del pesar que lo  
consumía.

M. García T.



## EL NIDO DE ÁGUILA

El viejo guía me contó, mientras nos paramos a contemplar el pueblecito de R... suspendido en lo mas alto de los Alpes Suizos, como un nido de cóndores, una estraña historia que siempre recuerdo con tristeza.

En aquella parte los Alpes están escalonados. Monstruosa escalera hecha para gigantes! I en uno de los peldaños de ella, estensa plataforma de piedra se encuentra, la aldea de R. con sus pintorescas casitas blancas medio ocultas entre los pinos verdes-oscuros que parecen penetrar en las nubes. Sus habitantes, apénas unos trescientos aldeanos de sencillas costumbres, robustos, altos, alegres los hombres, graciosas i de formas esbeltas las mujeres, se ocupan en el cultivo de los viñedos que crecen con facilidad en las laderas de aquellas abruptas montañas.

Hace muchos años dijo mi guía, cuando yo era un muchacho i mis padres vivian en R... habia en esta aldea una familia de labriegos entre cuyos hijos se distinguia una linda muchacha de unos diez i seis abriles, alta sin exajeracion, de rostro con suaves perfiles i grandes ojos negros, de dulce mi-

rada, era un conjunto de una armonía perfecta, que hacia contraste con el tosco traje de aldeana que vestia. Flor de campo, tan pura i bella como todas las flores lo son i lo que mas hacia resaltar su hermosura sin artificio era la completa inocencia que de ello tenia Anjelina, este era su nombre.

Cemo es natural todos los mozos del lugar penaban noche i dia por ella; no pasaba noche sin que hubiese alguna serenata frente a la casa donde vivia la familia i hasta se referian historias de trájicos sucesos ocasionados por los celos entre los pretendientes de Anjelina.

Uno de éstos, llamado Ramon, jóven de veintiun año, mas o ménos, hijo único de un honrado matrimonio de lo mas antiguos del pais, amaba a la niña hasta el delirio, como regularmente se ama a esa edad, con ese amor que no reflexiona, porque la reflexion viene con la esperiencia, que en la juventud falta, habria sido capaz de sacrificarlo todo por su adorada. ¿I qué podia sacrificar? Todo su tesoro lo tenia en el corazon: allí donde estaba el santuario que dedicó a Anjelina desde el primer dia que vió su adorable rostro...

(Concluirá)

Su amor era una pasion melancolica, dulce, triste, la pasion sin esperanza.

I sin embargo, tal es el amor, esperaba, esperaba siempre.

Un no se qué indescriptible, una fluctrante esperanza endulzaba sus lágrimas silenciosas, haciéndole hallar un amargo al par que dulce placer en su dolor mismo.

Su imaginacion le presentaba a su amada que, ruborosa, correspondia a su amor respondiendo a su ardorosa declaracion con un sí trémulo i apenas perceptible, pero que a los oidos de Carlos resonaba dulce i grato cual celestial armonia.

Despues se encontraban en la soledad de un pintoresco Eden, i ahí, con su amada, veian deslizarse el cristalino arroyuelo en su lecho de pintadas i frescas florecillas.

El aura pura rizaba sus cabellos i confundia sus alientos.

Convidábanles al amor, el jilguero i el canoro ruiseñor, con sus variados i dulces cantares.

Miles de pajarillos revoleteaban de rama en rama entregados a sus inocentes alegrías.

Las flores meciéndose voluptuosas, en sus esbeltos tallos abanicaban sus semblantes con perfume embriagador.

I Carlos i Lucía, las manos enlazadas gozaban de estos encantos i confundian sus amores en el suave i embriagador placer del primer beso.

¡Cuánto gozaba Carlos con el sueño fantástico que le presentaba su calenturiento corazon.

(Continuará.)